



A partir de lo anterior podemos decir que tanto el lenguaje, como el discurso son conformados por un conjunto de signos, que se articulan entre sí para producir un sentido a partir de una o más referencias, constituyéndose como sistemas de “*autoridad*” en función del lenguaje, mismo que es reconocido como saber.

Finalmente, Foucault (1969) trata al discurso como una *formación*, por lo que el nombre más apropiado para el autor es el de formaciones discursivas: Una formación discursiva no es, pues, el texto ideal, continuo y sin asperezas, que corre bajo la multiplicidad de las contradicciones y las resuelve en la unidad serena de un pensamiento coherente; tampoco es la superficie a la que viene a reflejarse, bajo mil aspectos diferentes, una contradicción

que se hallaría a la vez en segundo término, pero dominante por doquier. Es más bien un espacio de disensiones múltiples; es un conjunto de oposiciones diferentes cuyos niveles y cometidos es preciso describir.

El ejercicio del poder no es simplemente una relación entre “iguales” individuales o colectivas, se trata de un modo de acción de algunos sobre algunos otros. Parafraseando a Foucault hay algo llamado el *poder* que existiría universalmente, en forma masiva o difusa, concentrado o distribuido. Sólo existe el poder que ejercen “unos” sobre “otros”. Además la relación no substancial de poder, no es negativo, también es un momento de toda creación.

El discurso emite un lenguaje, un lenguaje edificado por medio de la palabra, en las formas discursivas. La acción política en el lenguaje es la construcción de los monumentos o conceptos de los cuales se desprende su propio estudio como democracia, poder, justicia, etc.